

PRÓLOGO

La presente obra habla de encuentros y desencuentros. Es con mi abuelo con quien trato de encontrarme a lo largo del texto. Se trata de hallar de nuevo la ternura del momento mágico, de íntima conexión, cuando mi abuelo me explicaba experiencias de su juventud, tocaba la armónica y tarareaba el himno de riego. Permite la poesía una suerte de viaje astral. Viajo en el tiempo y acompaño a mi abuelo en sus tiempos de juventud, soy ese "amigo" al que se dirige en sus soliloquios.

Nace el texto de una soledad desgarradora; de largos soliloquios; del encuentro con voces poéticas que arrastran a una búsqueda, que toma la forma de un recorrido hacia atrás, una pérdida de identidad, un difuminarse y caer al vacío o deshacerse. Se entiende la identidad como vivencia desgarradora, a caballo entre lo que somos y lo que creemos ser. ¿Quién es ese o esa que cada mañana vemos en el espejo? Surge el texto de la necesidad de experimentación, síntesis entre poesía y teatro. La poesía es la voz que se pronuncia en un espacio-tiempo concreto, pero que permite los saltos en el tiempo. El teatro es la acción, la búsqueda y experimentación de las subjetividades.

Se cuestiona la razón lógica, que piensa de manera lineal y establece oposiciones irreconciliables: cielo-tierra, duro-tierno, amor-odio, claro-oscuro, sueño-vigilia, bueno-malo.

Se restablece lo caótico, que opera en la naturaleza, para señalar las apariencias y máscaras con las que nos protegemos. Todo ello para hacer más evidente el desgarrar y drama del ser.

Se presenta la lucha de las identidades en su contexto más dramático, el de la guerra. La guerra civil española fue una cruda expresión de esos conflictos. El conflicto de clases sociales, de explotación e injusticia social, y el fascismo, recorren la obra. Pero ésta no se detiene ahí, ni busca una solución en el plano político, sino que se vuelve hacia lo más primario de las emociones humanas. Aparece el simbolismo de la sangre que recorre toda la obra, lo cual remite a lo más primario de la filiación e identidad. Siendo algo tan común y universal, es también origen de la clasificación y distinción en las sociedades humanas. Familias, linajes, patrias, clases sociales, conforme se vuelve más compleja la clasificación se recrudece el drama humano por la existencia y reafirmación de la identidad.

Nada más lejos de la presente obra, que tratar de ofrecer soluciones a la inherente conflictividad de la existencia humana. No es la vida en sociedad más que el teatro, la dramatización del conflicto. Si consigue abrir interrogantes y poner en duda nuestra identidad, que a menudo damos por evidente; ya habrá cumplido su objetivo. A través de la duda nos adentramos en el vacío oscuro, primer e ineludible paso para en lo sucesivo hallar caminos y posibles soluciones.

RAÚL MUÑOZ GONZÁLEZ